

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA.

Actitudes para el crecimiento de la comunidad y perspectivas de futuro.

1. INTRODUCCIÓN.

1.1. Fraternidad y comunión como rasgos emergentes de la vida religiosa en la actual.

La comunidad es el rasgo más destacado de la vida religiosa en la actualidad en los últimos documentos ofrecidos por la Iglesia y en muchos de los escritos referidos al tema. Este hecho, entre otros motivos, se fundamenta en la importancia que adquiere como signo y valor alternativo en una sociedad donde cada vez se vive con más fuerza el individualismo y la búsqueda del propio interés en las relaciones sociales.

A nivel eclesial podemos señalar que en 1992 la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica celebró su Plenaria sobre la vida comunitaria. Al concluirla, Juan Pablo II dijo: "Toda la fecundidad de la vida religiosa depende de la calidad de la vida fraterna en común. Más aún, la renovación actual en la Iglesia y en la vida religiosa se caracteriza por una búsqueda de comunión y comunidad"(OR. 20, XI, 1992, n.3). Fruto de aquella Plenaria y tras amplia consulta a los religiosos y religiosas de los cinco continentes, salió en 1994 el documento: La vida fraterna en comunidad (CIVCSVA: La vida fraterna en comunidad. "Congregavit nos in unum Christi amor", Ciudad del Vaticano, 1994), que fue asumido por la Exhortación postsinodal Vita Consecrata (1996)

En la Orden la vida de comunidad siempre ha sido el tema central de nuestra espiritualidad, como lo reflejan las Constituciones y algunos documentos de Capítulos Generales (Dublín, Vilanova) y otros escritos de los Generales de la Orden (Tack: *Elementos esenciales de la vida religiosa agustiniana*, Orcasitas: *La comunidad agustiniana entre el ideal y la realidad*). En la provincia también se ha insistido frecuentemente en la necesidad de la renovación de la vida comunitaria, como elemento central para la renovación de la vida religiosa agustiniana.

Los años transcurridos, los intentos realizados y los logros obtenidos muestran que aún tenemos una gran tarea que realizar. La mejora de la vida comunitaria con todas sus implicaciones es una tarea lenta que exige una dedicación permanente y es central para que crezca la vitalidad y significatividad de nuestras comunidades.

1.2. Evitar visiones parciales y catastrofistas.

Las dificultades que encontramos en la vida comunitaria pueden llevarnos fácilmente a visiones pesimistas que nos hagan dudar de nuestras posibilidades de crecimiento. Con frecuencia surgen estos sentimientos cuando tenemos visiones parciales y excesivamente simplificadoras de la realidad comunitaria, al mismo tiempo que cuando no valoramos suficientemente los logros conseguidos.

Al referirnos a la comunidad conviene realizar una clarificación terminológica para precisar a que nivel se habla de comunidad. La palabra comunidad se aplica a la Orden, a la Provincia y a la comunidad local. La comunidad local no agota toda la riqueza de la vida comunitaria en sí misma. El sujeto del carisma y misión es la Comunidad de la Orden. La comunidad local, y en mayor medida la Provincia, participa, revive y expresa a ese nivel el don de la

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

consagración, de la fraternidad y de la misión que está siempre abierta a la universalidad. Vinculación, participación y disponibilidad son inherentes a la comunidad local. Cuando una persona reduce su malestar al desajuste que sufre en una comunidad concreta y, por ello, pone en crisis su vocación, quiere decir que no ha comprendido el valor de su pertenencia a una comunidad más amplia que ofrece muchos modos y estilos concretos de vida comunitaria. Ver la comunidad local en el interior de una comunidad más amplia, que es la Provincia y la Orden, ayuda a oxigenar el espíritu comunitario. Siempre que nos refiramos a las comunidades locales, se estará suponiendo esta interdependencia de niveles: local, provincial, Orden.

Una gran dificultad para el crecimiento religioso y comunitario es estar zarandeando continuamente a la vida religiosa, quejándonos de su situación. Con frecuencia encontramos enjuiciamientos desde situaciones personales o institucionales muy particulares carentes de objetividad y que ofrecen visiones distorsionadas, ambiguas y bastante relativas. Encontramos expresiones como las siguientes: "El futuro y el significado de la vida religiosa están en discusión". "La vida religiosa es irrelevante y está en decadencia". "La teología de la vida religiosa es reiterativa y no hay para ella horizontes nuevos". "Las comunidades sufren monotonía, desencanto y falta de aliciente". "El descenso de vocaciones, los abandonos, el envejecimiento del personal, son síntomas de una forma de vida que ha completado su ciclo". "Los movimientos eclesiales vienen a suplantar ahora a la vida religiosa", etc.

¿Podemos asegurar de forma clara y categórica estas afirmaciones de irrelevancia, debilidad, y falta de vigor, etc. ¿No tendremos que recordar con más frecuencia que la vida religiosa es obra del Espíritu Santo en la Iglesia y que, por lo tanto, está fuera de nuestros cálculos humanos adivinar su futuro?

No podemos ser ingenuos, cerrar los ojos y afirmar que todo va bien. Son muchos los fallos, las distancias y los retrasos frente al ideal de vida comunitaria que reflejan nuestros documentos. Hay motivos para la preocupación y para alertar la responsabilidad que todos tenemos a la hora de construir y orientar nuestras comunidades. Pero, al mismo tiempo, sería cerrarse en una visión pesimista sin considerar otras realidades que también se dan en la vida religiosa y entre nosotros en la vida agustiniana. Son muchos los testimonios de compromiso, las presencias y servicios de la vida religiosa en lugares de alto riesgo que contribuyen a crear espacios y estilos de vida más humana, más fraterna, más digna según el Evangelio.

¿Cómo podríamos explicar, si no hubiera una motivación y una realidad espiritual, la presencia de comunidades educativas, parroquiales, misioneras, etc, para que, a pesar de las innegables limitaciones, sigan en pie? ¿No será que, también aquí, hay que afirmar que lo esencial no se ve?

Cuando hablamos de la vida religiosa conviene hacerlo con gran ponderación y discernimiento. Cualquiera que contemple con serenidad la vida de las comunidades religiosas verá que, aunque lamentemos la existencia de zonas oscuras, fallos, retrasos e incoherencias en la renovación, no faltan motivos para la admiración y la acción de gracias.

1.3. Construir desde el optimismo realista.

Para avanzar en la vida religiosa y comunitaria un buen punto de partida es la actitud de

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

optimismo realista. Con la gracia de Dios, como don primero, y con nuestro esfuerzo, como respuesta, es posible mejorar nuestra situación.

Pero es necesario, al mismo tiempo, saber dónde estamos, cómo estamos y hacia dónde nos dirigimos. Esto es, realizar un análisis de situación interna y externa.

A nadie se le ocultan las dificultades en las relaciones personales y en la comunicación, tan determinante para el clima comunitario. Frecuentemente hablamos de las comunidades religiosas sin tomar en consideración las características propias del joven, que llegan a la vida religiosa, que tiene un mayor influjo del ambiente cultural actual y busca, ordinariamente, unas relaciones interpersonales más cálidas. En otras ocasiones lo que no consideramos son las situaciones de los religiosos de mediana edad o de los mayores, con sus preocupaciones, ilusiones y cansancios. Con su agotamiento ante situaciones difíciles, etc., Es preciso realizar un análisis desde diversos puntos de vista, mirar más allá de uno mismo, para alcanzar una óptica más real sobre la situación comunitaria.

2. ACTITUDES BÁSICAS PARA POTENCIAR LA VIDA COMUNITARIA Y EDIFICAR LA COMUNIDAD (Verbos operativos).

"La comunidad existe allí donde se hace comunidad" (Martín Buber). Porque la comunidad es una realidad viva, que se mueve, que lleva una dinámica constante de crecimiento, no bastan las declaraciones, las palabras. Hay que actuar con la responsabilidad propia de quienes han recibido un don que les une en fraternidad y misión, lo agradecen, lo celebran y lo ponen al servicio del Reino.

2.1. Creer en la comunidad: entusiasmo, seducidos por Jesús.

Todo gran movimiento en los anales del mundo es producto del entusiasmo. **Nada grande ha sido logrado sin entusiasmo.**

El entusiasmo se expresa como energía, impulso, fe viva. Es una fuerza que arrastra y eleva a lo más alto, a lo que tiene valor. Es un poder que empuja a ir más allá de nosotros mismos.

Necesitamos un nuevo entusiasmo para renovar nuestra vida comunitaria. Un entusiasmo que no sea efímera fantasía, sino pasión por plasmar vitalmente las más radicales exigencias evangélicas en nuestro proyecto de vida. Sólo quien vive entusiasmado es capaz de vencer la duda, el miedo, la incertidumbre; supera la monotonía, el qué más da y la permisividad.

Para que podamos vivir y mostrar este entusiasmo es preciso que **seamos seducidos por Jesús**. La vida religiosa tiene que estar hondamente arraigada en el encuentro admirativo y entusiasta con Jesucristo y con que hoy llama a seguirlo a pleno corazón, a tiempo completo y a pleno riesgo, convirtiendo a los llamados, dentro de la fragilidad humana en "memoria viviente del modo de existir y actuar de Jesús" (VC 22).

Allí donde haya hombres apasionados por Jesús y su causa, habrá vida religiosa llena de vitalidad que muestre un evangelio viviente. Si falla esta experiencia teológica de relación personal, cada vez más exigente y gratificante con Jesús, el Señor, sin esta seducción no será posible el entusiasmo.

Los religiosos estamos llamados a ser un recuerdo provocativo de Jesús. Que en nosotros se vea, se escuche a Jesús, que Jesús se haga presente y actúe en nuestra vida. La vuelta radical a Jesús es necesaria para que la vida consagrada recupere originalidad, credibilidad y fecundidad.

Pero este **entusiasmo** que brota de la seducción de Jesús no se consigue por decreto ni por obligación. El entusiasmo del que hablamos aquí **es fruto**, por un lado, de esa especial **presencia del Espíritu** que nos hace sintonizar y vivir los valores esenciales de nuestra vida consagrada y, por otro, de las condiciones favorables que creamos entre todos con la adhesión a dichos valores. El carisma de la vida religiosa es fruto del Espíritu Santo que actúa siempre en la Iglesia. Sólo el Espíritu puede dar plenitud a una vida consagrada que prefigura en la tierra la vida nueva adquirida por Cristo.

Sólo podemos estar seducidos por Jesús si el Espíritu habita en nosotros. El Espíritu crea comunión y concede inventiva, creatividad y audacia para el cumplimiento de la misión. Derrama sus dones, pero siempre para el bien común. Quien vive según el Espíritu sólo busca

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

el Reino de Dios en el que no cabe afanes de protagonismo, narcisismo y voluntarismo. El Espíritu nos pone en convergencia y a la vez sella la alianza del amor fraterno y del compromiso por la causa de Jesús.

2.2. Actuar en clave de nosotros.

Construir la comunidad no será nunca obra de una persona por muy entusiasta que sea. Si lo pretendiera, más que entusiasta le diríamos soñador. La comunidad es obra de muchas personas que trabajan en una dirección; que son capaces de abandonar sus intereses y visiones particulares para actuar en clave de "nosotros". La comunidad, antes de ser organización, es un organismo, con capacidad de crecer y de estancarse.

El documento sobre la VF describe la comunidad religiosa como "el lugar donde se verifica el cotidiano y paciente paso del 'yo' al 'nosotros', de mi compromiso al compromiso confiado a la comunidad, de la búsqueda de 'mis cosas' a la búsqueda de las 'cosas de Cristo'. La comunidad religiosa se convierte, entonces, en el lugar donde se aprende cada día a asumir aquella mentalidad renovada que permite vivir día a día la comunión fraterna con la riqueza de los diversos dones, y, al mismo tiempo, hace que estos dones converjan en la fraternidad y la corresponsabilidad en su proyecto apostólico"(VF, 39).

Tal vez sea este paso del yo al nosotros uno de los aspectos que más necesitamos cultivar en la renovación de la vida comunitaria porque el sujeto de la comunidad y, por lo tanto, el agente de la dinámica de la vida comunitaria es el "nosotros" maduro, realista, verdadero, y deseoso de continua superación. Un "nosotros" constituido por personas maduras humana y espiritualmente.

2.3. Buscar la concordia.

La comunidad religiosa está llamada a ser una comunidad de personas que no solo comparten el pan del camino sino que tienden a tener un sólo corazón. Personas que abren unas a otras las puertas de su corazón, hasta compartir una tensión de vida, esto es, compartir los mismos sentimientos del Hijo.

Podríamos hablar así de la concordia como la unión de los corazones en el Señor. Entrar en el corazón, compartir el corazón con todo lo que significa en perspectiva bíblica: sentimientos, inteligencia, voluntad, memoria, creatividad, etc.

San Agustín nos lo recuerda con las siguientes palabras: “¿Qué significa habitar unidos? El texto de los Hechos lo dice (Hechos 4, 32)... Únicamente habitan en unión aquellos en quienes se halla perfecta la caridad de Cristo, porque en quienes no existe la caridad perfecta de Cristo, aún cuando habiten en uno, odian, molestan, atormentan, perturban con su mal humor a los demás y andan buscando qué han de decir de ellos... Así hay muchos hermanos; sólo habitan en unión en cuanto al cuerpo. Pero, ¿quiénes son los que habitan verdaderamente unidos? Aquellos de quienes se dice tenían una sólo alma y un sólo corazón en camino hacia Dios” (*Com. al Salmo 132, 1*)

2.3.1. La experiencia del perdón de Dios genera concordia.

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

Dios no se conforma con cancelar la culpa o la pena al perdonarnos. Su acción de perdón no deja pasivo a quien lo recibe, sino que suscita en él la misma capacidad de misericordia. El perdón divino es un acto creador que transforma a quien experimenta el perdón en misericordioso y le mueve a perdonar las ofensas del hermano.

Cuando soy comprensivo y perdono, experimento nuevamente el amor que el Padre me tiene. Descubro que Dios no solo me ha amado hasta perdonarme, sino que me ha capacitado para tener su misma misericordia dándome su corazón. El padre al perdonarme comparte su corazón conmigo y me permite tener los mismos sentimientos hacia los otros. El que perdona experimenta paradójicamente la misericordia divina con más fuerza que el que es perdonado.

2.3.2. Humildad y excusa del hermano.

“No creerse mejor o superior a nadie de la comunidad” y “considerar que el mal del hermano siempre tiene alguna excusa” son dos reglas de oro para crecer en concordia. Decir esto es tanto como no juzgar al otro.

No las afirmamos porque sean dos reglas prácticas que la experiencia muestre útiles para tratar al otro, sino que brotan de la experiencia profunda de nuestra relación con Dios. La experiencia de nuestro pecado personal nos permite tomar conciencia de lo vulnerables y frágiles que somos. Esto nos hace reconocernos pecadores y pequeños. Realidad personal que de por sí basta para no sobreestimarnos o creernos superiores a nadie.

La segunda regla nos lleva a excusar el mal del hermano y no el nuestro. La razón es que no puedo identificar la raíz profunda de su actuación, mientras que si puedo ir haciéndolo con la mía. Desde fuera no puedo conocer las intenciones del otro y puedo equivocarme al juzgar. Sin embargo conozco mis propias intenciones. Por eso, “el mal del hermano siempre tiene alguna excusa, el mío no”.

2.3.3. Compartir la gracia y la experiencia de Dios como valor central.

La riqueza de los dones que el Espíritu ha otorgado a cada uno es una riqueza individual que está llamada a convertirse en riqueza de todos. Estamos llamados a comunicar, participar y compartir el amor del Padre y la experiencia de su misericordia. Cuando consigamos esto podremos afirmar que vivimos concordemente, que tenemos un solo corazón.

Esto supone pasar de la experiencia personal de Dios a la experiencia comunitaria que aglutine y una la experiencia de cada uno en patrimonio de sabiduría común. Es preciso ir aprendiendo poco a poco a compartir los bienes espirituales para poder discernir juntos el proyecto que Dios pide a la comunidad para recorrer juntos.

En un proyecto auténtico de vida religiosa es preciso que compartir estos bienes no tenga sólo el carácter oficial de una reunión o un capítulo de renovación, sino que se vaya realizando día a día en las relaciones interpersonales y vaya suscitando un nuevo modo de ser al hermano y de presencia ante él. Un modo más evangélico que lleve a estimar al otro, que perciba lo positivo que hay en él y que mueva a la experiencia de misericordia del Padre con lo negativo que encontremos en él.

2.4. Vivir desde la comprensión y la compasión.

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

El crecimiento comunitario nos llama a dinamizar las comunidades desde la comprensión y la compasión. Esto es reconocer la necesidad de la vivencia espiritual. Sólo la experiencia del Espíritu y su presencia puede dinamizar la comunidad.

Dos dinamismos para la renovación de nuestras comunidades son la comprensión y la compasión. Explico el alcance de estas dos palabras. **Estos términos evocan los dos puntos del compás. La comprensión nos centra. La compasión nos alarga hacia la periferia, pero haciendo siempre círculo.**

2.4.1. **Suscitar la comprensión con sentido.** (Recuperar el sentido de la vida religiosa).

Podemos preguntarnos: ¿Por qué tantas personas en la vida religiosa, siendo buenas en su condición de consagrados, se resisten a vivir en comunidad secundando los dinamismos más elementales como son: la información, la participación, la corresponsabilidad y el compromiso? ¿Por qué les está costando tanto compartir la vida y los proyectos e implicarse en la realización de los compromisos que sean asumidos en comunidad?

A la hora de intentar ayudar a quienes padecen crisis en la vida comunitaria (podemos ser todos) **es doloroso encontrarse con que no hay un cuadro de referencia adecuada, una base de comprensión de lo que la comunidad comporta y pretende.** El horizonte de sentido es más necesario que la reorganización de estructuras. **A la base de muchas crisis está el olvido de los principios evangélicos y carismáticos que la fundan, los objetivos que pretende, los dinamismos que la hacen significativa en su estilo de vida y la hacen fecunda en su ministerio.** Cuando una comunidad se siente globalmente satisfecha de su vida y misión, se puede comprobar que existe un alto grado de comprensión de su origen, razón de ser y misión. **Esta serena comprensión de su identidad y misión hace que se viva con gozo la vida espiritual; que el modo de pensar, de sentir y de actuar sea positivo y creativo; que la reciprocidad de dones contribuya a una fraternidad madura y la pertenencia a la comunidad sea gozosa; que el discernimiento y la programación formen parte habitual del comportamiento; que los medios se usen en su justa proporción; que los espacios y los tiempos sean distribuidos ordenadamente; que las opciones y proyectos sean revisados según las exigencias de la misión encomendada.**

La comprensión de la que aquí se habla no es pura actividad de la mente humana; **se refiere a la sabiduría que procede de la experiencia del Espíritu Santo. La comprensión sapiencial** brota de la luz otorgada a quien participa y contempla el misterio, el plan de salvación. La escucha de la Palabra de Dios, la luz ofrecida por la vida y doctrina de los santos, la comunión con la Iglesia que es siempre madre y maestra, la celebración de la eucaristía, el grito de los pobres, el discernimiento de los signos de los tiempos, etc, agudizan la comprensión. **Hoy se hace urgente incentivar la comprensión sapiencial en la vida comunitaria por los condicionamientos culturales con que vivimos y que afectan no sólo a la vida religiosa sino a toda la Iglesia:** Seguimos bajo el influjo del pensamiento débil. Es baja la estima de los valores fundamentales. Se han debilitado los vínculos. Se han multiplicado las pertenencias, que, cada vez, se están haciendo más frágiles y breves. La cultura de los medios de comunicación ha adoptado una dirección muy unilateral. Todo induce a la dispersión y al desarraigo. Son hechos que nos desafían. Quienes no alcancen otro horizonte de comprensión corren el riesgo no sólo de perder significatividad, sino también el mismo sentido de su consagración y de su vida en comunidad. Por eso, se hace urgente una nueva sabiduría que permita discernir y conducir armónicamente la complejidad en nuestra

vida comunitaria. Estamos llamados a sabernos situar en un mundo plural, heterogéneo, pluricéntrico y "en red". Lo cual exige mucha clarividencia, purificación y flexibilidad, a la vez que capacidad de síntesis.

El sentido comporta una condición relacional y la vida con sentido supone hacerse cargo de todas las interrelaciones que se dan en ella. **La vida comunitaria adquiere sentido cuando entra y asume una relación creativa, según su vocación y misión, con todas las otras realidades:** con Dios Trinidad, con los hermanos, con los hombres y las cosas. **La vida comunitaria adquiere sentido en la comunión y en el compromiso.** Cuando los miembros de una comunidad se preguntan y responden a lo que Dios pide de ellos en una determinada circunstancia histórica, se llenan de sentido. A partir de aquí sí se puede decir que las comunidades llenas de sentido son, ya de por sí, comunidades significativas, comunidades proféticas.

2.4.2. Fomentar la compasión.

La compasión es otro dinamismo que ayuda revitalizar la vida comunitaria. La relación de compasión completa lo dicho sobre la vida comunitaria desde la óptica de la comprensión y el sentido. El Padre expresa su compasión hacia los hombres en su Hijo, quien pone su tienda entre nosotros.

Jesús ejerce su ministerio desde la compasión y quiere que así sean los que le siguen. Se compadece ante las gentes porque se hallan como ovejas sin pastor y las instruye, la cura y le da de comer. Pronunciando la parábola del buen samaritano dice que éste, ante el herido, "tuvo compasión y se acercó". Al final del relato, a la pregunta sobre quién es el prójimo, Jesús le indica lo que ha de hacer para ser prójimo del hombre que había caído en manos de los ladrones. Y, al oír la buena respuesta del escriba, respondió: "vete y haz tú lo mismo".

Jesús es el amor que el Padre tiene al hombre caído, herido, y lo hace operativo no desde los cálculos humanos, ni desde proximidad de lengua, raza, clase social, religión, sino **desde la benevolencia, la gratuidad, la compasión; en definitiva, desde la caridad sin límites.** Ahora nos pide que hagamos nosotros otro tanto: que generosamente prestemos ayuda al necesitado y que salgamos a su encuentro, lo que supone cambio de mentalidad y de sensibilidad.

La compasión no es estática; lleva dentro de sí un proceso. Comporta salir de uno mismo, del propio proyecto, y colocarse en el camino del otro reconociendo su real situación de postración. Implica también sentirse afectado, conmovido, y acompañar al que sufre. La compasión induce a la vinculación responsable yendo hacia las personas que padecen y asumiendo la responsabilidad de modo incondicional. El itinerario de quien se hace prójimo desde la compasión configura el modo de pensar, de sentir y de obrar, no sólo de la persona sino también de la comunidad, pues la compasión es un factor de cohesión grupal. En este itinerario subyace siempre la convicción de que el mundo puede cambiar y la esperanza en la posibilidad del cambio. Por lo dicho se puede apreciar que **"la compasión nos invita a pasar de la cultura de la estadística, los datos y porcentajes que los medios de comunicación social ofrecen, encubriendo en ocasiones la verdad de la realidad de quien sufre, a la experiencia concreta y directa de encuentro con la persona que sufre, que demanda mi respuesta y que provoca la puesta en marcha del proceso de la compasión"**.

La compasión en la experiencia de gracia vocacional, personal y comunitaria, adquiere rango de fuerza superior que abarca, hace comprender, da sentido y lleva al ejercicio compartido de la misericordia. **No es posible experimentarla sin sentirse impulsado a vivir de otro modo. Sentirla es entrar en una corriente que te arrastra hasta hacerte prójimo de los más alejados, porque lleva en sí el aliento de una revolución: la revolución de la ternura".**

El entrañable amor del Padre, revivido por Jesús y comunicado por el Espíritu, se hace fuerza que va impulsando a cada miembro de la comunidad, y a ésta en su conjunto, a no vivir para sí misma, sino para los otros que la necesitan. En el encuentro compasivo con el prójimo caído, herido, empobrecido, se nos continúa revelando el mismo Cristo a quien seguimos. No somos evangélicamente compasivos si prestamos servicios parciales, si entregamos algo de lo que nos sobra, si contabilizamos el bien que hacemos. Nuestra compasión supone darnos a nosotros mismos incondicionalmente y sin reservas.

En las comunidades del siglo XXI seguirán resonando los dichos de Jesús: "Sed compasivos como vuestro Padre celestial es compasivo". "Vete y haz tú lo mismo".

En las necesidades de los hombres el Espíritu nos grita y pide éxodo, desprendimiento, abandonar lo cómodo y rutinario, evitar todo tipo de rodeos, y ponernos comunitariamente a disposición de los preferidos del Señor. Pide, igualmente, que agudicemos la inventiva y creatividad propia de quienes se hallan inflamados por la caridad de Cristo y perdamos el miedo a inaugurar nuevos modos de estar y de servir ante quienes tanto nos necesitan. Esta es la razón primordial que debe movernos a revisar y reordenar nuestras presencias, aumentando las comunidades de inserción, y a inaugurar nuevos cauces de solidaridad y de ayuda en colaboración eclesial y social.

2.5. Practicar la acción de gracias.

La gratitud es una condición primordial para quien desea edificar la comunidad. Sin embargo no es una actitud frecuente y no podemos darla por supuesta. ¿Por qué nos cuesta tanto? ¿Por qué nos cuesta tanto acoger el don de vivir juntos y somos extremadamente susceptibles y reaccionamos con fuerza, muchas veces, ante las limitaciones y problemas de nuestra convivencia? ¿No será que no somos suficientemente conscientes de la gracia divina que se derrama para nosotros en la comunidad?

El documento Vida fraterna en comunidad señala que la comunidad es "un lugar privilegiado donde se experimentan los caminos que conducen a Dios". Para construir la comunidad estamos llamados a reconocer la gracia que nos llega en ella. No porque el reconocimiento es un uso social o un gesto de buena educación, sino porque tiene la raíz teológica de reconocer en uno mismo y en los demás la misericordia del Padre que se hace presente entre nosotros.

El primer motivo de reconocimiento a la comunidad es que con la fidelidad de los hermanos y con su testimonio ha hecho posible que descubramos nuestra vocación y nuestra identidad carismática (comunidad en sentido amplio: Provincia, Orden). Podemos decir con toda propiedad que la comunidad nos ha engendrado y sigue haciendolo como madre. A ella le

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

debemos haber descubierto el valor de la vida religiosa agustiniana y haberla encontrado encarnada en muchos hermanos que con su fidelidad han hecho posible nuestra respuesta.

Al mismo tiempo son muchas las acciones de bondad, ternura, perdón y comprensión que han tenido con cada uno de nosotros tantos hermanos agustinos a lo largo de los años. Sería injusto no darse cuenta ni conmoverse ante ello.

Nuestra respuesta como hijos agradecidos será dar gracias a Dios por lo que ha obrado en nosotros. Le agradecemos que nos haya dado hermanos, que viven también, bajo su llamada, su perdón y su promesa.

Quien reconoce el amor y el perdón que recibe no es pretencioso con los demás; no exige que la comunidad sea perfecta; no se pone nervioso ante las limitaciones de quienes le rodean ni castiga sutilmente a quienes rompen el sueño de su comunidad ideal. Por el contrario es capaz de aceptar las situaciones difíciles y conflictivas e incluso que los demás puedan pedirle que acepte pasar por el misterio de la muerte que le ha dado vida y que le ha engendrado fraternidad.

Quien no es agradecido a la comunidad carece de memoria o la ha convertido en selectiva y pobre. Quien así actúa, aunque no lo manifieste explícitamente, está convencido de que él es el artífice exclusivo de sus obras sin tener que agradecer nada a nadie; en el fondo es pensar que él se ha hecho a sí mismo.

2.6. Gozar con el otro.

Gozar con el otro, alegrarse de las alegrías del otro, participar sinceramente en ellas y manifestar ese gozo es una expresión transparente y natural de nuestra actitud de benevolencia. Esto es, que manifestamos ante el otro un amor que se funda en el que Dios nos tiene a nosotros, desinteresado y lleno de gratuidad.

En realidad nos resulta más difícil gozar con el que goza que llorar con el que llora. ¿Verdad que nos resulta más fácil dar el pésame que felicitar?

Compartir la alegría es poco común; con frecuencia queda esa pizca de envidia que nos impide participar en los momentos buenos del hermano o manifestar cuanto nos alegran. Con frecuencia las felicitaciones aparecen como obligaciones solemnes y oficiales en momentos muy concretos de la vida. Gozar con el que goza, felicitarle en momentos buenos para él y unirnos a su gozo es una muestra de amor puro y desinteresado que va más allá de la pura compasión ante una desgracia.

Por otra parte, compartir en comunidad los momentos gozosos, aporta un clima de optimismo y de sana ilusión que estimula para las tareas de la vida ordinaria y que aleja bastantes momentos depresivos. A esto también nos ayudan todas las fiestas o momentos celebrativos de los acontecimientos que resulten gozosos a nivel local o provincial.

2.7. Tejer relaciones interpersonales.

La relación interpersonal con Dios y con los hermanos es el eje de la comunidad, y también lo es la vida apostólica, que se basa en la capacidad de relación como medio y lugar del anuncio. No se puede renunciar a relacionarse con ningún hermano. La

relación hay que salvarla, cueste lo que cueste. Por encima de la ofensa de que se haya sido objeto, hay que restablecer siempre la relación. Para ello **el perdón es sobre todo el restablecimiento de la relación y como tal es totalmente necesario para vivir.**

Quien quiere construir la comunidad, debe estar convencido que **se puede restablecer la relación y que jamás hay que rendirse ante las dificultades que surjan.** Nadie puede pretender que éstas no existan. Pero hay que evitar que corten irreparablemente las relaciones o que creen un clima de oscuro silencio que impida el intercambio y que a veces dura muchísimo tiempo. En este caso, el ambiente se vuelve insoportable.

Cuidar las relaciones es una tarea de todos, porque cuando no hay relación entre dos hermanos, acaba resintiéndose toda la comunidad. Las relaciones comunitarias son como una red de pesca donde cada nudo es un miembro del grupo y cuando se interrumpe la comunicación entre dos miembros es como si se rompiera un hilo de la red, produciéndose un agujero que la inutiliza para su cometido. Con la comunidad pasa algo parecido: cuando la comunicación no circula libremente ya no genera fraternidad.

Por eso es importante que en la comunidad haya gente capaz de tejer y destejer pacientemente las relaciones deterioradas y rellenar los vacíos de comunicación. Todos los religiosos deberíamos ser expertos en coser y remendar estos girones, en tender pacientemente puentes. Será feliz aquella comunidad que día tras día trate de coser y recoser con mucha paciencia las relaciones fraternas.

En el cuidado de las relaciones fraterna se necesita humildad a la hora de dar el primer paso hacia quien se mantiene en sus trece y se da por ofendido, hacia quien nunca saluda el primero y responde con secos monosílabos. Se necesita mucha humildad y creatividad para aprovechar y dar sentido a las ocasiones de contacto que se tienen. Hay que tener humildad y tenacidad para que la relación llegue a todos y no excluya a nadie, para que la palabra no circule exclusivamente en circuitos cerrados. Y no digamos la humildad y la constancia que hacen falta cuando no sólo hay que dar el primer paso, sino también el segundo y el tercero, porque la relación está bloqueada y el otro parece sordo, mudo y poco interesado en relacionarse. Pero incluso en este caso hay que estar absolutamente convencidos de que, por encima de la frialdad y de la indolencia, el otro quiere también la comunión aunque parezca que la tema o finja que no la necesita, tras la máscara de la frialdad.

Es muy importante en estos casos **ser sabios para no ser ni entrometidos ni obsesivos,** para saber **intervenir en el momento justo sin rebasar los límites que molestarían al otro,** para **proponer cosas que no humillen** ni comprometan a nadie, evitando tonos demasiado serios o actitudes excesivamente espirituales.

La voluntad de tejer las relaciones **incluye también estar dispuestos a compartir algunas relaciones más significativas.** Es la idea de *compartir amistades y conocidos*. Quien lo hace manifiesta también que quiere relacionarse con todos sin escoger en especial a nadie en la comunidad, y sobre todo que sus amistades dentro y fuera son auténticas y no tienen nada que ocultar. Muchas veces tenemos celos de nuestros amigos y conocidos y rodeamos las amistades de un halo de secreto, como si nos diera vergüenza mostrarlas o tuviéramos miedo de que nos las quitaran. Pero en una fraternidad donde se comparte la fe y todos los dones espirituales, no debería ser difícil compartir también este don exquisito de Dios que es tener amigos. Con ello no queremos decir que tengan que ser por necesidad amigos íntimos de

todos, pero sí que no deben considerarse una especie de propiedad privada que se oculta.

2.8. Servir a la comunidad.

Ama a la comunidad y trabaja por construirla quien la sirve. Quien pone sus dones a su servicio y se empeña con su esfuerzo cotidiano en su vida interna y en las tareas que la comunidad tiene encomendadas.

Servir a la comunidad es sentirla como nuestra familia; es una consecuencia del ser miembro de ella y sentirse agradecido. Es un modo de ser adulto y responsable entre los hermanos.

El servicio será distinto en muchos casos, pero siempre estamos llamados a ser generosos. Unas veces serviremos con la mente y el ingenio. Otras participando creativamente en la vida de cada día o en momentos concretos. Otras poniendo nuestro tiempo o nuestras cualidades al servicio del bien común. Unos sirven a la comunidad trabajando a fondo en la misión apostólica, otros permaneciendo en retaguardia y sosteniendo su oración y sacrificio a los que están en la actividad directa. Muchas son las tareas que podemos realizar todos, y por insignificantes que parezcan todas son importantes y necesarias para la buena marcha de la comunidad y de la misión encomendada.

¿Hay quien pueda decir cuál de estos servicios es más grande o edificante que otro? Esto no importa. Posiblemente realicemos servicios diversos según nuestras capacidades y las diferentes etapas de la vida. Pero lo que cuenta es que todos contribuyen a crear fraternidad y a realizar la misión.

2.9. Permanecer en la comunidad (Estar en la comunidad).

No sería una respuesta madura la de quien viene a la comunidad cuando siente su fascinación ideal y la abandona cuando no se encuentra a gusto sin preocuparse de poner medios que la mejoren. La madurez implica fidelidad y dedicación.

Permanecer en la comunidad es permanecer físicamente, participar en su vida, en los actos comunes, en su misión. Pero no es solo estar presentes sino implicarnos activa y creativamente con toda nuestra persona.

Necesitamos celebrar juntos los actos más significativos de la jornada y colaborar responsablemente. **Ninguna presencia es indiferente ni neutra en los actos comunes.** Nuestras acciones inciden en la vida de los otros. Podemos decirnos unos a otros: “No da lo mismo que estés o no estés junto a mí en la oración común. Pero no solo la oración, sino también la comida, los momentos de distensión, el discernimiento o de diversión son distintos si tu estás y das tu aportación. Necesito tu presencia y te ofrezco la mía”.

El individualismo es posiblemente la peor lacra para la vida religiosa en la actualidad y el mayor peso para quienes intentan construir la comunidad.

Permanecer en la comunidad no se reduce a estar físicamente en ella, significa también **decidir estar en ella con todo nuestro yo**, con toda la voluntad de seguir viviendo en ella porque es el “habitat” que Dios ha preparado para mí y el lugar al que me ha llamado.

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

Imaginarse un religioso (agustino) viviendo ordinariamente fuera de la comunidad es un sin sentido. Ni siquiera cuando por razones apostólicas parece que se exige actuar en solitario. Bastaría leer el documento *Vida fraterna en común* para percibirlo. El religioso sabe que trabaja en nombre de la comunidad y gracias a ella. El apostolado no es suyo, no le pertenece. La comunidad es la que ha recibido el mandato y es la titular de la acción apostólica específica.

El religioso tiene que hacer lo posible (también la comunidad como grupo) para que la programación y realización de su trabajo lleven la impronta comunitaria. Al mismo tiempo para que el desempeño de la misión permita cuidar la presencia comunitaria. La V.F.C., dice que están pocos justificados para los religiosos aquellos trabajos pastorales que no posibiliten la vida de comunidad. Refiriéndose expresamente a la actividad parroquial dice lo siguiente: “Las múltiples tareas pastorales, propias de una parroquia, se llevan a cabo, a veces, con detrimento del carisma del instituto y de la vida comunitaria, hasta el punto de hacer perder de vista a los fieles y al clero secular, e incluso a los mismos religiosos, la percepción de la peculiaridad de la vida religiosa. Las necesidades pastorales urgentes no deben hacer olvidar que el mejor servicio de la comunidad religiosa a la Iglesia es el de la fidelidad al propio carisma. Se debería preferir aquellas que permiten vivir en comunidad y en las que se puede expresar el propio carisma”. (VFC 61).

En el ámbito de la Orden, dice la *Ratio Institutionis OSA (1993)*: “Efectivamente, debemos estar al servicio de la Iglesia, como dice Agustín. ¿Pero a cualquier precio? No, no a costa del carisma agustiniano, a saber, de la vida de comunidad. Y en esto igualmente Agustín puede servirnos de modelo. También nuestra comunitaria es una forma de apostolado, si se vive según nos enseña Agustín y nuestra sana tradición” (R.I. 62).

Es importante también que el religioso, que esté al frente de una actividad, informe a la comunidad sobre el trabajo que realiza y no omita nada que pueda contribuir a que los miembros de la comunidad se sientan implicados en las tareas y las consideren cosa propia. Es doloroso constatar que existen muchos “celos apostólicos” que llevan a gestionar privadamente y a apropiarse indebidamente tareas que pertenecen a la comunidad.

Permanecer en comunidad significa finalmente **seguir también en ella en los momentos difíciles**, de malestar comunitario. La simple constatación de la debilidad de la comunidad no es suficiente motivo para abandonarla. Ese es el lugar en el que el Señor me ha colocado y me ha responsabilizado, donde espera que trabaje con los hermanos que ha puesto a mi lado y que él ha elegido. Actuar de otra forma sería correr el riesgo de querer construir la comunidad a nuestra medida.

3. RASGOS DE LA COMUNIDAD EN CLAVE EVANGÉLICA. (¿POR QUÉ COMUNIDAD APOSTAMOS?)

3.1. Una comunidad abierta a la escucha de Jesús.

Una comunidad que quiera ser significa evangélicamente necesita estar abierta a la escucha de Jesús, tanto personal como comunitariamente. Es fundamental "escuchar a Jesús", y hacernos discípulos suyos, dar primacía a su persona y a su Evangelio, adoptar sus actitudes de misericordia, compasión y entrega. Es la base para formar, reconstruir y potenciar la comunidad.

Jesús, a la vez que prepara a los discípulos para aceptar el drama de la crucifixión, les abre a la esperanza y anticipa la gloria de su resurrección. Les invita a orar y queda transfigurado ante ellos. Les revela su gloria. Los apóstoles experimentan el bienestar de esta revelación.

Las comunidades de los seguidores de Jesús son impensables sin la experiencia del misterio Pascual, sin la experiencia de su muerte y resurrección. En muchas de las crisis de vida comunitaria se constata la pérdida de aquella experiencia inicial de seducción y estímulo que despierta la figura de Jesús; se ha olvidado que un día tuvimos una experiencia de encuentro con Jesús que transformó nuestra vida. El progresivo distanciamiento de la persona de Jesús, que es quien convoca y reúne para estar con él y anunciar el Evangelio lleva paulatinamente a desvincularse a los hermanos.

El primer rasgo de una comunidad que quiera responder al Evangelio será la búsqueda de Jesucristo, desde la actitud permanente de apertura a la escucha de su Palabra.

3.2. Una comunidad que viva la espiritualidad.

El cristianismo y la vida religiosa carecerían de sentido sin la presencia del Espíritu en la vida de los consagrados y de las comunidades. Sólo cuando se vive desde la presencia del Espíritu se tiene la sal y la luz que dirigen nuestros pasos y la fuerza para el camino. (La **comunidad** del futuro o es mística o no será).

Cultivar la espiritualidad supone entrar en contacto con Cristo, y, desde su presencia en nosotros, vivir los rasgos constitutivos de la vida religiosa concretados en nuestra espiritualidad agustiniana.

Para conseguir este fin tienen gran importancia la vida de los sacramentos, especialmente de la Eucaristía y la Reconciliación, así como la oración personal y comunitaria.

Sin una experiencia continuada de encuentro con Cristo y de presencia del Espíritu en nuestra vida, la comunidad languidece y se muestra débil. Una comunidad significativa necesita vivir a fondo la espiritualidad.

3.3. Una comunidad que viva la de comunión.

Es uno de los rasgos más característicos de nuestra Orden. La comunión es don y una tarea. Una comunidad agustiniana que quiera responder a su vocación está llamada a vivir la comunión de unos con otros en Dios, misterio de comunión: Padre Hijo y Espíritu Santo.

La Trinidad es nuestro modelo, y sus relaciones de amor, nuestro norte. Estamos llamados a compartir nuestros bienes espirituales y materiales. A compartir la fe y la experiencia de Dios, a compartir nuestra vida, desde la comprensión, el encuentro el diálogo y el perdón, y finalmente a compartir la misión, realizándola desde la comunidad, fomentando la participación y el compromiso de todos los hermanos.

3.4. Una comunidad cualificada.

Cada vez se hace más necesaria la preparación y actualización para responder adecuadamente a las exigencias de la sociedad y a la trasmisión de la fe en el mundo actual, dados los grandes desafíos que experimenta nuestro estilo de vida y nuestra misión.

Estos hechos exigen emprender un serio proceso de cualificación personal y de grupo. Necesitamos una mayor cualificación de las personas y comunidades en los ámbitos humano, religioso y apostólico (profesional). Es preciso que cada uno, con responsabilidad evangélica, haga fructificar los talentos recibidos.

Necesitamos una espiritualidad integral animada por el Espíritu y alimentada por la Palabra de Dios, abierta a los signos de los tiempos y lugares. Nuestros ministerios no pueden ser repetitivos, sino incisivos y proféticos. Lo cual implica, como hemos visto, participar de la pasión de Dios por su pueblo y compartir el dolor de las gentes. Es muy difícil hablar de Dios sin experiencia de Dios y discernir el designio de Dios en la historia sin estar preocupados por las cosas del Padre. La contemplación, la oración personal y comunitaria, la lectura, el estudio, el contraste de experiencias pastorales, la programación y el trabajo en equipo son partes integrantes de nuestra habilitación. Es preciso que crezca nuestra capacidad creativa para desempeñar el ministerio y que todos facilitemos que pueda desarrollarse en nuestras actividades.

3.5. Una comunidad coherente evangélicamente.

Una comunidad que quiera ser significativa no puede proclamar unos valores y vivir otros. Con frecuencia se proclamamos unos valores y se vive, en cierta medida, otros. Así, junto al amor fraterno, la gratuidad, la compasión, etc. se nos contagia el utilitarismo, el eficacismo, el afán de prestigio y de éxito.

Este desajuste lleva a perder originalidad y relevancia. Con él aparecen dicotomías esterilizadoras por suponen una tentación para nuestra vocación y que distorsionan la razón de estar juntos en la misión.

La coherencia nos hace creíbles. Si los religiosos la hemos perdido, hemos de saber que la credibilidad no se gana de la noche a la mañana. La credibilidad sólo se alcanza a través de un paciente trabajo de rehabilitación personal y comunitaria, tanto a nivel local, como a niveles mayores. **El "nosotros", para ser creíble, postula hombres coherentes que sepan mantener viva la voz de lo profundo y arriesgar su vida en su total dedicación al**

Dios del Reino y al Reino de Dios. Necesita quienes se hagan violencia para controlar la fuerza centrífuga de la ambición, del egoísmo y del individualismo, que ordenen y articulen pertenencias y vinculaciones, que se apliquen a poner por obra las exigencias evangélicas de su específica vocación de consagrados, sin perder tiempo en críticas inútiles sobre lo que hacen los demás. Pero no sólo los hombres, sino también las obras tienen que hacer creíble la comunidad desde los valores evangélicos que reflejamos y vivimos para que sean "signos indicadores" del Reino.

La coherencia se presenta como un programa de purificación y de crecimiento de aquellas comunidades que aspiran y deben ser significativas y proféticas.

3.6. Una comunidad que ofrece testimonio de Jesucristo (Venid y veréis. Oferta vocacional)

En una cultura de la ambigüedad, de creencias inconsistentes y de convicciones débiles, **habremos de ofrecer aquel inequívoco testimonio de fe y de esperanza, propio de los que tratan familiarmente con Dios y hablan de él desde su experiencia personal.** Los religiosos del siglo XXI deberíamos **ser reconocidos como auténticos amigos de Jesús, que lo experimentamos vivo en nuestra fraternidad y anunciamos su poder de resucitado en nuestra vida de pobreza, castidad y obediencia.** Todo en nuestras comunidades debería ser un eco de su Resurrección, de la nueva vida inaugurada por Él.

El religioso muestra con su vida rasgos de la vida trinitaria. Su vida es una confesión de fe. Confesar la Trinidad es afirmar la comunión a través del amor. La espiritualidad martirial es el mejor exponente de una cultura vivaz donde las ideas cuajan en compromisos. También es el mejor antídoto contra el conformismo y el aburguesamiento.

El testimonio de vida es la mejor propaganda vocacional. Las comunidades sufren a causa de la escasez de vocaciones. **Un signo de vitalidad de comunidad es su capacidad de convocación. No podemos orar por las vocaciones y llevar una vida de comunidad que ni las acoge ni las alienta porque no es capaz de transmitir con gozo su ideal de vida.** Invitar a otros implica vivir de otra manera. Acoger a otros no es sólo abrirles la puerta y colocarles en una estancia. Es expresarles la disposición de acompañarles en la vida y caminar juntos en la fraternidad y en el servicio; es abrirles ventanas de esperanza hacia el futuro. Las comunidades, si quieren renovarse, deben revisar desde este ángulo cómo viven y cómo esperan.

3.7. Una comunidad comprometida en la misión y compartida con los laicos.

La vitalidad de una comunidad se manifiesta en el compromiso apostólico. Una comunidad que vive la espiritualidad será una comunidad generosa que trabaja desinteresadamente por transmitir el mensaje del Reino.

La misión de los agustinos es una misión de comunidad aunque la realice una sola persona, pues la realizará, en ese caso como enviado de la comunidad y con su respaldo.

La misión compartida exige interés, compromiso y participación de todos los hermanos. Un religioso que vive la espiritualidad y los valores del Reino se caracteriza por la disponibilidad, la generosidad y la implicación voluntaria en las tareas de la comunidad. No

EL HORIZONTE ACTUAL DE LA COMUNIDAD RELIGIOSA

necesita un goteo de peticiones para asumir tareas que puede realizar. Más bien está atento y asume gozosamente las responsabilidades como contribución a la causa del Reino.

La misión, por su carácter eclesial, abre sus horizontes a colaborar con los otros miembros del Pueblo de Dios. Es una exigencia de vocación eclesial y no una estrategia pragmatista ante la falta personal. Aunque fuéramos suficientes para llevar una obra, no podemos prescindir de otros dones y ministerios que hacen resplandecer la riqueza del Espíritu en la comunión eclesial. Tanto los ministros ordenados como los laicos abren el "nosotros" comunitario al "nosotros eclesial", al "nosotros del Reino de Dios". Intensificamos, de este modo, el Reino de Dios; lo visibilizamos para que el mundo crea.

La USG dedicó la Asamblea de noviembre pasado al tema: "**Compartir los carismas y la espiritualidad. Una vida consagrada abierta a los laicos**" ("Compartir los carismas y la espiritualidad" Cf USG: Carisma y Espiritualidad, Roma, 2000). Los laicos van a ser los compañeros de nuestro futuro. Los religiosos hemos de evitar toda tentación de "utilizar" a los laicos, a quienes hay que impulsar a que asuman su propia responsabilidad en la vida y misión de la Iglesia. Nuestra primera misión será prepararlos y en relación con nuestra espiritualidad agustina, propiciar que la conozcan y que vivan sus valores.

3.8. Una comunidad audaz (atrevida, disponible y servicial).

El primer elemento será el carácter de audacia profética que brota de la experiencia de Dios y de la confesión martirial propia de su testimonio de vida. La comunidad es y seguirá siendo un signo profético para la Iglesia y ara la sociedad, testificando unos valores que chocan en gran medida con los sociales y mostrando que esos valores conducen al encuentro con Dios y a la felicidad de quienes los viven. Entre ellos destacan la fraternidad, la comunión, la falta de intereses personales, el servicio, la presencia humanitaria en zonas conflictivas y la fidelidad.

4. CONCLUSIÓN.

Os invitamos a reflexionar estos valores y rasgos de la comunidad, completándolos con otros, y a vivirlos, desde la confianza en Dios y el empeño compartido.

Religiosa

Domingo Amigo
Equipo Provincial de Formación y Vida

Los Negrales, 16 de marzo de 2001